

Elena
Poniatowska
Hasta no verte
Jesús mío



alianza Literaria

Ésta es la tercera vez que regreso a la tierra, pero nunca había sufrido tanto como en esta reencarnación ya que en la anterior fui reina. Lo sé porque en una videncia que tuve me vi la cola. Estaba yo en un Salón de Belleza y había unas lunas de espejo grandotas, largas, desde el suelo hasta arriba y en una de esas lunas me vi el vestido y la cola. Alcancé a ver que se estiraba muy lejos, y allá atrás ya para terminar, en la punta, figuraba un triángulo jaspeado de tigre con manchas negras y amarillas. Toda la ropa era blanca; ajuar de novia, pero allí donde acababa el vestido estaba el pedazo de piel de tigre como la flecha en la cola del diablo. Junto a mí se asomaron al espejo Colombina y Pierrot, Colombina de un lado y Pierrot del otro, los dos de blanco y con esas lunas negras que siempre les ponen.

En la Obra Espiritual les conté mi revelación y me dijeron que toda esa ropa blanca era el hábito con el que tenía que hacerme presente a la hora del Juicio y que el Señor me había

concedido contemplarme tal y como fui en alguna de las tres veces que vine a la tierra.

—Lo único que te queda de mancha es eso pinto que te vistes en la cola del vestido... Es lo único que te falta por blanquear y si no lo blanqueas, devorará tu inocencia.

Estaba con un vestido de reina, grande y con mangas anchas, lleno de guarnición. Pierrot y Colombina eran mis sirvientes pero no me acompañaban como Dios manda. Se distraían uno con otro. Y es que las reinas siempre van solas. También les dije en el templo que había contemplado un llano muy grande con harto ganado pinto:

—Es el rebaño que el Señor te encomendó para que se lo entregues limpio.

Yo tengo mucho pendiente y no sé cuándo lo voy a juntar y a quitarle las manchas, si en esta época o en la otra, cuando vuelva a evolucionar... Son un montón de cristianos enfermos del alma que tengo que curar, pero como no lo he hecho, seguimos sufriendo todos, ellos y yo. El Ojo Avizor dentro de su triángulo divino y por las antenas de sus pestañas me está viendo en todo lugar. Es el ojo todopoderoso del Creador, y si no cumplo no tendré ni por qué molestarme en pedirle a los santos el ruego por nosotros porque estaré olvidada de la mano de Dios. Por eso todo lo que yo atraviese son purificaciones. ¿Por qué vine de pobre esta vez si antes fui reina? Mi deuda debe ser muy pesada ya que Dios me quitó a mis padres desde chica y dejó que viniera a abonar mis culpas sola como lazarina. Debo haber sido muy mala; por eso el Ser

Supremo me tiene en la quinta pregunta para poder irme limpiando de mi cizaña.

Para reconocer el camino espiritual necesita uno atravesar muchos precipicios, dolores y adolescencias. Así el protector que nos guía puede manifestarse a través de nuestro sufrimiento. Pero también es forzoso regresar varias veces a la tierra, según las deudas que uno tenga. En mi primera reencarnación fui de los turcos, de los húngaros, de los griegos, porque me vi con ese manto que usaba antes la Dolorosa. Traía tapada la cabeza, mi hábito era blanco y caía pesado en el suelo. Estaba yo parada en un lugar vacío, vacío. Conté doce camellos y en el número doce venía él, moreno, de ojos grandes, chinas sus pestañas, vestido de blanco con turbante. Y me tendió la mano. Creí que su mano iba a ser morena como su rostro, pero no, era plateada. En eso hizo el ademán de subirme al camello. Sentí miedo, me di el sentón, él tuvo que soltarme y que echo a correr. Puse las manos así en cruz y debe haber tenido su efecto esa cruz porque él no me pudo alcanzar en su camello veloz. Yo seguí corriendo, pero él sacó la pistola y fui matada. Al despertar, oí su nombre: Luz de Oriente.

Al otro día fui al templo y le entregué la revelación a nuestro Padre Elías, o sea Roque Rojas, que baja a la tierra los viernes primero. A través de la envoltura de la mediunidad pasan distintos seres después de recibir la luz, las facultades le dan al pueblo la explicación de sus revelaciones. Dije que había contemplado a ese hermano de piel de plata en un came-

llo. Me preguntó el Ser Espiritual a través de la mediunidad, ahora mi madrina Trinidad Pérez de Soto:

—¿Y no sabes quién es?

—No, no sé quién es.

—No temas, es tu hermano... Y este hermano fue tu compañero en el primer tiempo...

—¿Cómo?

—Fue tu esposo en aquel primitivo tiempo cuando veniste a la tierra. Debes reconocerlo porque es tu tercer protector, el que camina conmigo por dondequiera que vayas... Todavía no te abandona, sigue guiándote hasta el presente, por eso te lo mostró el Señor tal y como había sido en la primera época...

—Ajá...

—¿Que no lo quieres?

—Sí lo quiero.

—Pues es tu esposo, el que cuida de ti.

Me quedé callada, ya no le seguí escarbando pero solita estudié mi sueño y me viene al pensamiento quién fue y por qué me mató en el primer tiempo. Por eso él ahora sufre, porque no ha cumplido como mi esposo. Viene a ser como Pedro Aguilar; decía que viva no me dejaba en la tierra. Y siempre me llevaba junto a él. Por lo menos me lo avisó:

—Cuando yo la vea perdida, te mando a ti por delante y acabo contigo...

Dios no le concedió ver que lo iban a matar; por eso aquí estoy todavía. Así ese Luz de Oriente, como no me pudo llevar

prefirió matarme. Le tuve miedo y ese miedo me salvó. Y eso que a mí me quitaron el miedo cuando comencé a andar en la tropa con mi papá porque con mis alaridos los entregaba. Al principio, al oír los balazos me ponía a gritar y los jefes se enojaban porque estábamos en la línea de fuego, que es cuando cazan al enemigo. Por eso luego mi papá sin que yo lo viera echó la pólvora en el agua:

—Ándale, hijita, tómate esta agüita...

Como yo tomaba agua hasta de los charcos, no me supo feo. Hasta después me dijeron que era agua de pólvora para el valor.

Luz de Oriente todavía está pagando porque me platican las hermanas que cuando entra en ellas y toma su came, llora, llora y les dice:

—Llevo, llevo responsabilidad.

Dicen que habla muy finito, muy bonito; que me deja los saludos y que no me olvide de él; que él vela y vigila porque grandes responsabilidades tiene con el Señor que le ha confiado mi carne.

De eso me cuida todavía con toda su caravana. ¡Cuántos cientos de años habrán pasado y él todavía no me deja sin su protección! Pero a éste no nomás lo he visto en revelación, sino que está su retrato a colores en el Oratorio de Luis Moya, la Calle Ancha que se llamaba antes. Está metido en un cuadro así de grande y tiene sus ojos abiertos y negros, negros, renegridos, encarbonados. Lleva su turbante enrollado y le brilla

en el centro una perla-brillante blanca; y al brillante ese le sale como un chisquetito de plumas.

El Ser Supremo nos envía a la tierra a lavar nuestras almas porque nos hizo limpios la primera vez y para poder retornar a él tenemos que regresar como nos mandó. ¿Y cómo nos vamos a limpiar? A fuerza de dolor y de sufrimiento. Nosotros creemos que Él se equivoca, y no; los que nos equivocamos somos nosotros porque no oímos, no entendemos, no queremos reconocer el verdadero camino, porque si la mayoría de la gente llegara a reconocer el camino limpio de Dios no habría hombres abusones ni mujeres que se dejaran. En la noche, cuando estoy solita me pongo a pensar y digo: «¡Ay Señor, dame fuerzas, no te pido más que fuerzas para poder soportar las dolencias que me has entregado!». Y ahora que ya estoy vieja y tomo medicina luego me pongo a pensar: «Ni me vale la medicina porque el chiste es no tomarla y sentir verdaderamente la purificación que Él me manda».

En esta reencarnación Dios no me ha tenido como tacita de plata. Aquí si la consigo me la como y si no la consigo pues no me la como y ya. Dios dijo: «Sola tienes que luchar. Tienes que sufrir para que sepas lo que es amar a Dios en tierra de indios». Aunque soy muy ignorante, yo solita con lo que se me revela voy sacando en limpio mi vida pasada. Mentalmente me profundizo mucho, tanto que hasta me duele la cabeza como si adentro trayera este mundo tan calamitoso. ¡Uy no! ¡Si me meto a escarbar puede que ya me hubiera vuelto loca! Pero son cosas que uno tiene que averiguar porque ya las trae

desde el nacimiento y si las piensa uno a su debido tiempo, se manifiestan más claras. Uno tiene muchos ojos dentro del cerebro como un atadizo de estrellas. Por eso hay que cerrar los ojos corporales, macizo, aunque venga la anochecida, aunque no sea de día, para poder ver detrás. Lo digo aunque no tengo don de lenguas, pero he atravesado muchos precipicios. Por eso me pongo a reflexionar: «Sólo Dios sabrá todo lo que he sufrido desde que mi madre murió y lo que me queda por sufrir». Tengo que seguir caminando aunque todavía me falta mucho para la hora final. Mi madrastra allá en Tehuantepec tenía un libro de adivinar los signos, toda la vida de uno estaba allí en numeritos. Ella era una persona estudiosa, instruida y sabia. Me hizo que cerrara los ojos y que apuntara con el dedo y buscó en el libro de los contenidos. Salió mi cuenta de ciento y dos años, así es que todavía está largo el camino. Para los años que tengo todavía me falta un cacho grande. No sé cuántas veces ni cómo iré a reencarnar, pero yo le pido a Dios que ya no me mande a la tierra para que pueda estar una temporada larga en el espacio, descansando; pero falta que Dios cumpla antojos y enderece jorobados. Allá sólo Él tiene apuntado lo que debo. Y no es poco, porque en esta última reencarnación he sido muy perra, pegalona y borracha. Muy de todo. No puedo decir que he sido buena. Nada puedo decir.

Tenía yo una amiga, la hermana Sebastiana que vendía jitomates; su puesto era grande pero no lo podía atender porque estaba enferma. Toda ella se deshizo; se puso así grandota, en-

gordó mucho, pero no creo yo que haya sido gordura sino que se hinchó; se esponjó de los pies y no podía andar. Sólo Dios sabe lo que le tenía que pagar pero ella sufría mucho. Y entonces no faltó quien le hablara de la Obra y vino al templo.

—Vengo muy cansada, muy amolada, con mi piel llena de desamparo. Les pido de favor que me curen porque en el último parto se me canceró la criatura por dentro y por poco y me muero. Ya estoy corrompida de mis entrañas; los médicos ya no creen que pueda salvarme.

—¿Y qué hay en tu corazón?

—Mucho veneno.

Al reconocer ella la Obra Espiritual, comenzaron a curarla; la operaron espiritualmente. No tuvo hijos pero se le quitó lo podrido. Estuvo yendo los días de cátedra y en una de tantas veces el Señor le concedió el desarrollo de la videncia y lo veía todo con los ojos abiertos sin sentir picazón; retrocedieron los siglos, se manifestaron las cosas ocultas y la hermanita Sebastiana devisó un sinnúmero de manos que apuntaban hacia ella y la cercaron:

—¡Me amenazan muchas manos!

Entonces le dijo el Señor:

—¿Y no las reconoces?

—Pues son las manos de muchas jóvenes...

—Pues has de analizar y has de estudiar lo que te pongo de manifiesto...

Entonces el Señor la miró para que reconociera que en la otra reencarnación había sido hombre y que esas manos eran

de todas las mujeres que había infelizado y que ahora clamaban venganza. Durante mucho tiempo hizo mandas y penitencias en la Obra Católica y nada que se componía, y en la Obra Espiritual le dijeron que esos hijos podridos eran los de las mujeres que ella dejó abandonados en la reencarnación pasada. Y entonces Sebastiana se arrodilló y le pidió perdón al Ser Supremo.

—Estoy conforme en seguir sufriendo pero ten piedad de mí.

Todavía hace como unos ocho años fui a la plaza y la encontré, pero estaba desconocida. Seguía manteniéndose con el puesto pero se le ocurrió criar hijos ajenos que le regalaban y le salieron malos; nunca la auxiliaron, nunca la quisieron. Así es de que uno viene a pagar un adarme y va abonando en la tierra todas las deudas que el Ser Supremo tiene escritas allá arriba. Un adarme es una cosa muy poquita. Por eso regresa uno tantas veces a la tierra. Pero esto lo comprendemos los que estamos en la Obra Espiritual, porque nos lo inculcan nuestros protectores. Yo tengo tres. El primero es el ancianito Mesmer, el segundo es Manuel Allende y al final de la curación, llega mi protector Luz de Oriente que es el más guapo de los tres. Pero yo los quiero igual a todos. Nomás que Luz de Oriente me mira con mucha hambre. Tiene ambrosía en los ojos a todas horas. Y me deja pensando. Ellos están entre los grandes, pero los tres más grandes son el Padre Eterno, el Padre Jesucristo y nuestro Enviado Elías o sea Roque Rojas en lo material, que es la Tercera Persona, el Espíritu Santo. En la Iglesia Católica dicen que es una palomita porque allí no ex-

plican nada; los padrecitos tienen su manera muy distinta de hacer las cosas y conocen la Obra Espiritual, nomás que no la quieren desarrollar porque son egoístas. No quieren que despierte el pueblo porque se les cae la papa. Ellos ganan mucho dinero en la misa, en los casamientos, en los bautizos. En la Obra Espiritual no sólo despiertan al pueblo sino que la misma congregación sostiene el Oratorio; las sacerdotisas, las mediunidades, las pedestales, las columnas ayudan, y ninguno pide limosna. No le dicen al que viene entrando: «Te cuesta tanto y te hacemos tanto». En la Iglesia Católica: «Te hacemos tu misa, pero venga a nos tu reino». En las Honras Fúnebres nomás ponen el aparato allí, el ataúd tapado, un cajón de a mentiras, hacen un montón de figuritas y zangolotean el incensario pero no llaman a la pobre alma que está penando. Puedo dar fe porque cada día de muertos hacía el sacrificio de mandarle decir su misa a mi pobre madre y cuando ella vino a hablar conmigo por medio de la Obra Espiritual me voy dando cuenta de que estaba ciega por completo. No me conocía. Cuando a ella le dieron la luz me dijo que hasta que me había acordado de ella. Si yo a cada rato me acordaba. Pero los curas se quedaban con los centavos de las misas y no se las decían ni a ella ni a mi papá. Y yo de taruga, pagándoles tres pesos al chaschás por cada misa que le rezaban tal vez a sus propias mamacitas.

Mi mamá ni siquiera se acordaba de que tenía hijos. Allí mismo en el Oratorio de Chimalpopoca me retrocedieron a mí a la edad pequeña y pusieron su mano espiritual sobre mi

cara para que me reconociera: «Despierta de tu letargo —le dijeron— y acuérdate de que es tu hija». Echó un suspiro muy largo y dice:

—Gracias a Dios me han iluminado y me he dado cuenta que tuve un hijo.

—No nomás tuviste uno. Tuviste cinco. Allá los tienes contigo. Sólo Jesusa queda sobre la tierra.

Hasta entonces le abrieron los ojos y fueron a recoger a mis hermanos entre todas las almas muertas que andan en el espacio. Ella los comenzó a llamar por su nombre y de las filas celestes se desprendieron nomás dos. Petra y Emiliano. El mayor, Efrén, no pasó porque se cansaron de buscarlo y finalmente dijeron que había vuelto a reencarnar. Al difuntito recién nacido no supe si lo habían bautizado. Me dio gusto ver a Emiliano porque ése fue bien bueno conmigo. Durante años me cuidó cuando anduve de borracha en las cantinas. Se materializaba, se servía de otros cerebros y me sacaba de las juer-gas. Se me presentaba en otro señor y me decía:

—Vámonos.

Y yo me le quedaba mirando:

—Pues vámonos, le decía yo muy dócil.

Y nos salíamos de las cantinas y caminando, caminando se me desaparecía de entre la gente y luego me quedaba parada mirando para todos lados a ver por dónde lo veía. Al pasar en lo espiritual, me dijo Emiliano:

—¿Te acuerdas de cuando te saqué del Tranvía? ¿Te acuerdas que te fui a dejar a la calle de Mesones?

Me quedé callada: «¡Ay, pobre de mi hermanito, cuánto sufrió en andarme protegiendo!». Yo era una perdida que no quería agarrar el buen camino. En cuanto a mi hermana Petra, ésa no me dijo nada en la revelación. Siempre fue chispa retardada. Si en la tierra no habló, menos en el espacio. Pero al fin pasó a tomar la luz, la poca que podía recibir. En cambio, Emiliano me sigue todavía, nomás que no lo veo. A veces lo siento en este cuarto y a veces no. Cuando cierro los ojos le veo la cara.

Mi mamá empezó a llorar:

—Bendito sea Dios, bendito sea Dios que me llamaste, hija, a través de tantos años. Estaba perdida de mi gente pero al fin nos encontramos.

Sus hijos en el espacio la serenaron, le dijeron que se despidiera de mí. Todavía me insistió:

—Gracias, hija, que te acordaste de mí...

Son muchos los que están en las tinieblas de oscuridad y allí se quedan soterrados hasta que una alma caritativa los llama.

“Esta es la tercera vez que regreso a la tierra, pero nunca había sufrido tanto como en esta reencarnación ya que en la anterior fui reina.”

Jesusa Palancares, una mujer de extracción humilde de Oaxaca, huérfana de madre a temprana edad, termina conociendo todo el país al unirse a las tropas de la revolución mexicana. Al perder a su marido, tendrá que sobrevivir en la capital en todo tipo de oficios, conociendo el duro trabajo de las fábricas y el no menor de las casas, como sirvienta y lavandera. La dura existencia le llevará a encontrar refugio en la espiritualidad y la religión, y a creer en la reencarnación.



Narrada en primera persona, en un lenguaje popular tratado con especial sensibilidad por Elena Poniatowska, *Hasta no verte Jesús mío* nos cuenta las pasiones y los sueños de una mujer humilde que va a ser testigo de los grandes sobresaltos de la historia mexicana.

El humor, la violencia, el compromiso velado, la constante presencia de la muerte y la alucinación se combinan en las páginas de esta novela en la que queda patente la inquebrantable conciencia social y el compromiso con los más desfavorecidos por parte de Elena Poniatowska, a través de la historia de Jesusa a la que ha convertido en un personaje inolvidable de la literatura de todos los tiempos.

Elena Poniatowska, Premio Cervantes 2013

alianza **Literaria**

ISBN 978-84-206-8478-9

Universidad Rafael Landívar
Biblioteca



215418